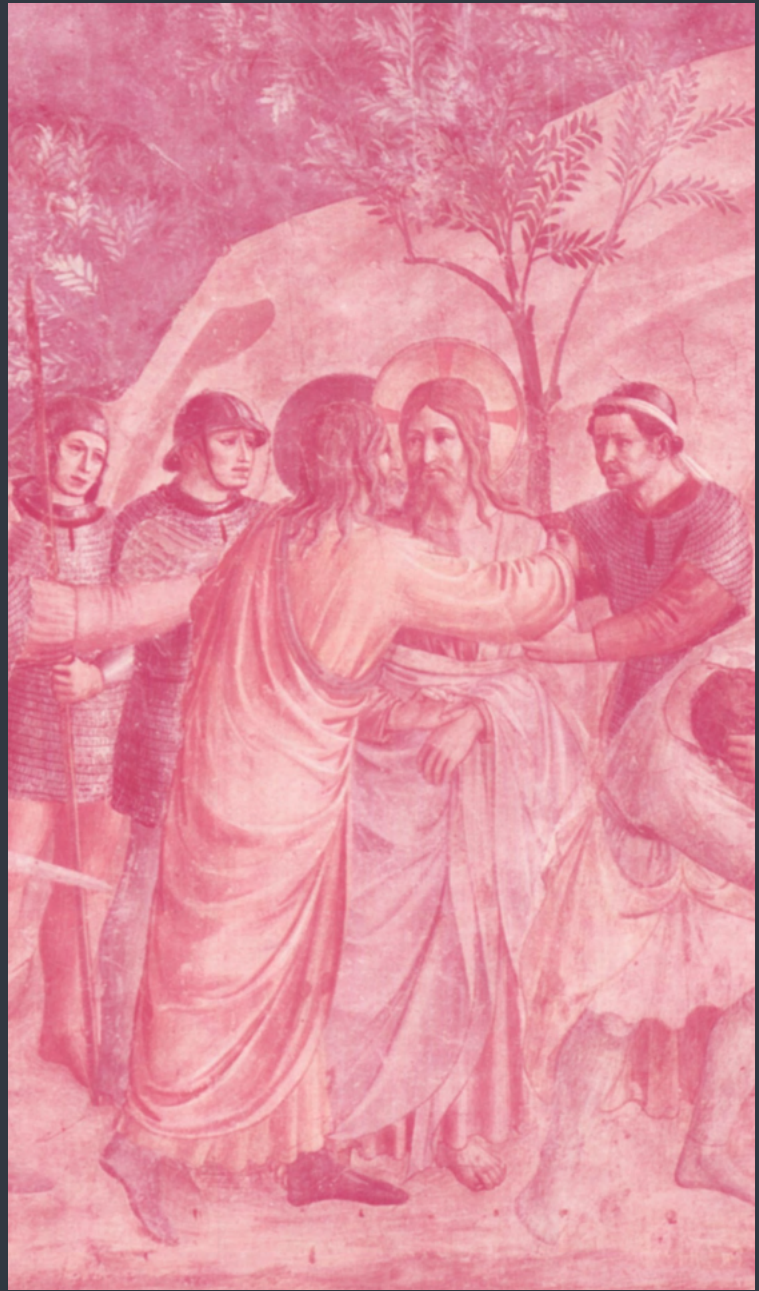


“Yo estoy dispuesto a morir muchas veces, si esto es verdad, y sería un entretenimiento maravilloso.”
(Platón, 2018; pp. 30 43b).

Del lado de Jesús, cuando lo fueron a buscar los soldados para encarcelarlo, tuvo la oportunidad de no decir que era él y hacerse pasar por uno más, pero decidió cumplir también su destino:

“Jesús, que sabía todo lo que le iba a suceder, les salió al encuentro. — ¿A quién buscan? —les preguntó. —A Jesús de Nazaret —contestaron. —Yo soy. Judas, el traidor, estaba con ellos. Cuando Jesús les dijo: «Yo soy», dieron un paso atrás y se desplomaron. A quién buscan? —volvió a preguntarles Jesús. A Jesús de Nazaret —repetieron. Ya les dije que yo soy. Si es a mí a quien buscan, dejen que estos se vayan. Esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho: «De los que me diste ninguno se perdió».”

(Alonso Schokel Luis, 2016: Jn 18 4-9).



Él sí había sentido plenamente miedo por lo que llegaría a pasar, aunque *era* el hijo de Dios, así y todo aceptó su destino, ya que era la tarea que le había encomendado su Padre, para poder salvar de la muerte eterna al mundo. En ambos casos, se dejaron invadir por el misterio a través de una actitud de reconocimiento, sintiendo un temor filial por la misión que les había sido encomendada. Cuando Querofonte, un amigo de Platón, fue a consultar al Oráculo de Delfos para preguntar quién era el más sabio de todos, el Oráculo respondió Sócrates; éste, al enterarse, se sorprendió enormemente porque él no reconocía en sí mismo ninguna sabiduría superior a la que poseen los demás hombres. Y Jesús, a pesar de haber nacido hombre, siempre supo que era hijo de Dios; a los 12 años, cuando se quedó hablando en el templo con los grandes sacerdotes, ellos se sorprendieron de la sabiduría de aquel pequeño.